

los relatos de calibre  38 



HOMICIDIO ESPECIAL

(Homicide Special)

© Michael Connelly

Para evitar el calor del viaje, comenzó a conducir hacia el norte una vez anochecido; el aire acondicionado del automóvil estaba estropeado y quería pasar el desierto antes de la salida del sol.

Llegó a Richmond y entró en el vestíbulo del laboratorio del Departamento de Justicia estatal a las 9 de la mañana. Preguntó al guardia de seguridad si podía hablar con Sarah Lowell de la unidad de ADN.

—Dígale que soy el detective Bosch del Departamento de Homicidios del LAPD.

Bosch se dirigió a una silla de plástico que estaba en una fila de sillas de plástico. Pasaron diez minutos antes que Sarah Lowell saliera del laboratorio. Bosch era el único que esperaba.

—¿Detective Bosch?

Bosch se puso de pie. No se conocían, aunque habían resuelto varios asesinatos juntos. Harry sonrió y extendió la mano. Apenas treinta años, era mucho más joven de lo que esperaba. Y lo más sorprendente es que era negra. Al ver tantas veces su nombre en fríos informes sobre ADN, Bosch había asociado el nombre de Sarah Lowell a una persona blanca. No estaba seguro de por qué.

—Por fin nos conocemos en persona, Sarah —dijo.

—Sí, encantada de conocerte —dijo—. ¿Estás de vacaciones? ¿Por qué estás...?

—Estoy trabajando en un caso.

—¿Y qué estás haciendo aquí? ¿Llegaste anoche?

—No, en realidad he conducido toda la noche. He traído una muestra. Me gustaría que la analizaras y buscaras en el ordenador.

Lowell quedó confundida un instante.

—¿Que has traído una muestra? Detective Bosch, sabes que el protocolo es...

—Antes que nada, llámame Harry. Hemos trabajado juntos en demasiados casos para ser tan formales. Y sí, sé algo sobre el protocolo, pero esto es... este caso... te cuento, ¿puedes sentarte un minuto?

Señaló la hilera de sillas de plástico y Lowell asintió a regañadientes. Se sentaron y Bosch colocó su silla frente a ella para atraer su atención. No iba a dejar que mirara hacia otro lado. Se inclinó hacia adelante y habló en un tono bajo y urgente.

—Ayer por la mañana recibimos una llamada. Una adolescente de dieciséis años fue encontrada muerta en su cama en Westwood. Se llamaba Brittany Gaston. Fue golpeada y estrangulada. Buen barrio, buena casa, buena familia. El aire acondicionado se estropeó el día anterior, así que se había acostado con la ventana entreabierta. Este verano, L.A. ha sido un infierno. La habitación estaba en la parte trasera de la casa. El asesino quitó la rejilla antimosquitos, la apoyó contra la pared de la casa, abrió totalmente la ventana y entró.

—¿Hubo agresión sexual?

—No, parece que se despertó y forcejearon. El intruso se sentó a horcajadas sobre ella y la estranguló, matándola mientras intentaba someterla. Tráquea

aplastada y una gran cantidad de hematomas en la cara y el cuello. Creemos que una vez que se dio cuenta de que la había matado, huyó. Su hermana dormía en la habitación al otro lado del pasillo.

—Entonces, ¿qué tienes, sangre?

—No, saliva. La mordió.

Sacó de su bolsillo dos sobres blancos para pruebas médicas. Uno contenía el hisopo de la herida de la mordedura, y el otro el de la boca de la víctima. Lowell usaría el de la boca para aislar el ADN del asesino en la herida. Los sobres estaban sellados con cinta amarilla y blanca de la oficina del forense.

Se los entregó a Lowell pero ella los rechazó.

—Detective, sabe que no es así como se hace esto. Tiene que seguir el protocolo.

—Si sigo el protocolo, todo esto tardaría seis meses, Sarah, y este asesino no puede esperar.

—Todos los detectives que nos envían ADN tienen casos importantes. Son asesinatos y violaciones. Todos son crímenes terribles, pero solo podemos hacer lo que podemos hacer. Si hago una excepción con el suyo y lo adelanto, ¿quién puede decir que el criminal del caso que he atrasado no volverá a atacar?

—La hermana de esta chica estaba durmiendo al otro lado del pasillo. A tres metros de distancia. Cuando dejé a la familia anoche, ni siquiera pudo hablar conmigo. Estaba en estado de shock porque sabía que podría haber sido ella. También tenía su ventana abierta. Las dos hermanas estaban muy unidas y ahora una está muerta.

Hizo una pausa y entró a matar.

—He hecho una promesa a la familia, Sarah. Les he dicho que encontraría a

este tío antes que pudiera hacerlo de nuevo. Se lo prometí.

—Se supone que debes resolver el caso, detective. No dejes que se convierta en algo personal.

—Ya lo sé, pero a veces las cosas no salen como uno quiere.

Bosch volvió a ofrecerle los sobres y Lowell los tomó a regañadientes.

—Tienes que entender una cosa —dijo—. No puedo volver al laboratorio y abandonar lo demás. Tendré que preguntar por...

—A veces solo hay que hacer lo que sabes que es correcto, Sarah. Esta chica murió mirando a su asesino, probablemente preguntándose si haría lo mismo con su hermana y el resto de su familia.

Lowell levantó su mano en un gesto de retroceso.

—Detective, no necesitas seguir insistiendo con lo mismo.

Levantó las manos en señal de rendición y se alejó un poco. Notó que el teléfono comenzaba a zumbiar en el bolsillo, pero lo ignoró. Había conducido siete horas para convencer a esta mujer y que le hiciera ese favor. No iba a atender ahora una llamada.

—Es solo que son muy raros allanamientos como este y todo indica que estamos lidiando con un depredador de primer nivel. Como un tiburón en el agua. Este tipo seguirá cazando y matando hasta que podamos detenerlo. Apuesto a que el ADN que tienes ahí va a vincular este caso con otros. No se entra por una ventana a la habitación de una niña de dieciséis años por casualidad. Lo ha hecho antes. Una pequeña ayuda, Sarah, y lo conseguiré.

Lowell miró los dos sobres. Bosch pensó que ya la había convencido.

—¿Dónde estaba el mordisco? —preguntó.

—En el antebrazo izquierdo. Hay una foto en el sobre. Pensamos que puede

haber sido una herida defensiva, ella trató de alejar al asaltante y él la mordió.

Ella asintió.

—Detective, voy a...

—Harry.

—Harry. Lo haré lo mejor que pueda.

—Gracias, Sarah. ¿Cuánto tardarás?

—No tendré nada hasta mañana, por lo menos. Llevará todo el día buscar la secuencia de ADN. Después, meteremos el perfil en la base de datos. Probablemente mañana por la mañana. Te llamaré tan pronto como sepa algo.

Bosch buscó en su bolsillo una tarjeta de visita y se la dio.

—Mi número de móvil está ahí. Llámame primero a mí. Y gracias de nuevo, Sarah.

Bosch se levantó y empujó la silla para salir. Se dieron la mano y se marchó.

Una vez en el coche, revisó el teléfono. La llamada que había ignorado provenía del teniente Gandle. Antes de devolver la llamada esperó a estar de nuevo en la autopista.

—¿Y? —dijo Gandle.

—Mañana lo sabremos.

—Vale. ¿Vuelves ya?

—Estoy en camino. ¿Qué tal por ahí?

—Para empezar, hemos enviado un técnico a echar un vistazo al equipo de aire acondicionado. Tu corazonada era correcta. El aire acondicionado está bien, pero alguien había entrado en el garaje y había saltado el interruptor automático. Por eso no funcionaba.

—¿Alguien ha preguntado al señor Gaston si...?

—Sí, ya lo hemos hecho. La puerta lateral del garaje se dejaba abierta a menudo. El tipo pudo tener acceso fácil.

Bosch lo pensó. El hecho de que el aire acondicionado había sido manipulado significaba que el intruso no había elegido la casa de Gaston al azar durante la noche. Había planeado todo. Probablemente había visto a Brittany o a su hermana en alguna parte, la siguió a su casa y luego elaboró un plan: apagar el aire acondicionado y sentarse después a esperar si una ventana se queda abierta esa noche. Mostró una gran astucia y organización, pero también les dio una ventaja. Cualquier lugar público donde la víctima y su hermana podrían haberse cruzado con un depredador. Algún testigo que viera al hombre mirando. Alguna cámara.

—¿Hay alguna huella en el interruptor? —preguntó.

—Lo frotó y está limpio. Al igual que la pantalla y la ventana. Es demasiado listo para cometer errores de ese tipo.

—Si conseguimos una coincidencia en el ADN, no necesitaremos huellas.

Hablaron de algunos otros detalles de la investigación y luego Bosch colgó. Durante las siguientes cinco horas trabajó mentalmente en el caso mientras conducía. El aire acondicionado del coche perdió la batalla contra el calor del día y Bosch se quitó la corbata y la chaqueta. Cuando sonó su teléfono, casi lo colgó tratando de sacarlo de la chaqueta en el asiento de al lado.

—Detective, soy Sarah Lowell, del laboratorio del Departamento de Justicia.

—No esperaba oírte hasta mañana.

—Sí, bueno, me temo que tengo malas noticias. Pensé que debieras saberlo de inmediato.

—Dime.

—Hice el examen preliminar y la secuencia de ADN de los hisopos que me diste. Los niveles de histamina me permitieron aislar la saliva en la herida. Analicé la secuencia y resultó ser su propio ADN. Todos los marcadores de los hisopos son iguales. ¿Hay alguna posibilidad de que me hayas traído un hisopo equivocado?

—No, los vi recogerlos, sellarlos y marcarlos. Es correcto.

—Entonces, lo único que se me ocurre es que se mordió a sí misma.

—¿Has mirado la foto de la herida, Sarah?

—Sí, claro.

—Mírala de nuevo. La mordida era profunda. Estaba a lo largo de la parte exterior del antebrazo, coronando las partes superior e inferior. Supongo que es posible morderte ahí, pero no mientras luchas por tu vida.

—Entonces no sé qué decirte, detective. Pero eso es lo que he encontrado. He parado los análisis.

La mente de Bosch analizó un montón de posibilidades y algo brilló de nuevo en su cabeza.

—Eran gemelas —dijo—. ¿Te dije eso? La víctima y su hermana eran gemelas. ¿Significa eso que comparten el mismo ADN?

Hubo una larga pausa antes que Lowell respondiera.

—No, no tendrían el mismo ADN —dijo—. Eso es un mito urbano.

Bosch negó con la cabeza en señal de derrota. No podía explicarlo.

—Pero aparecerían en el perfil —dijo Lowell.

—¿Qué quieres decir?

—Los gemelos no comparten exactamente el mismo ADN, pero es muy parecido. En los análisis de perfil de ADN que hacemos, de acuerdo con la

base de datos CODIS del FBI, buscamos trece marcadores específicos más el marcador Amel que nos muestra el género. Estos catorce marcadores no se diferenciarían entre gemelos. Necesitaríamos un perfil más profundo. Tendría que buscar muchos otros marcadores.

—¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—Entonces hazlo, Sarah, y llámame cuando tengas los resultados.

Bosch colgó e inmediatamente llamó al teniente Gandle.

—Fue la hermana —dijo.

—¿Qué?

—Un gemelo mató al otro. El ADN lo probará.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, lo hizo la hermana y luego el padre y la madre ayudaron a encubrirlo. Y se inventaron todo sobre el acondicionador de aire. Para que pareciera que un intruso...

—¿Por qué haría eso la hermana? ¿Por qué lo encubrirían los padres?

—No lo sé aún, teniente. Los padres dijeron algo acerca de compartirlo todo, incluso, a veces, novios. Tal vez una de ellas se cansó de compartirlos. ¿Y los padres? Está claro que protegían a la única que les quedaba.

—¿Y el ADN puede probar eso?

—Todavía no, pero sin duda lo hará. Prepara las salas de interrogatorios. Llevamos a la madre, al padre y a la hija y los separamos. Uno de los tres se derrumbará. En una hora estaré allí. Yo quiero a la hija y hablaré con ella.

—Está bien, de acuerdo. Lo preparamos y los traeremos.

Bosch colgó el teléfono. Apretó el pedal y aceleró. La tierra yerma frente a la autopista se difuminó rápidamente. Estaba pensando en las razones por las cuales las personas se matan entre sí.

*Homicide Special se publicó en el año 2011 junto a la novela **The Drop (Cuesta abajo)**, en una edición especial para Waterstones.*

Traducido del inglés por Jokin Ibañez Errasti

